

MAS-IPSP: la emergencia del nacionalismo plebeyo¹

Pablo Stefanoni*

* *Licenciado en Economía (UBA), Maestrando en Ciencia Política (IDAES-UNSAM). Miembro de la Fundación de Investigaciones Sociales y Políticas (FISyP) y del Grupo de Trabajo de CLACSO "Transformaciones en las formas de hacer política en el Área Andina".*

La recurrente pregunta acerca de ¿qué es Bolivia? ha vuelto a desplegar un *litigio* (Rancière, 1996); esta vez sobre el orden neoliberal sintetizado en el Decreto Supremo 21060, firmado por Víctor Paz Estenssoro el 29 de agosto de 1985. Nuevas narrativas, imaginarios sociales y redes de sentido comenzaron a interpelar fuertemente el discurso "modernizador" impulsado por las élites políticas, económicas e intelectuales del país, cuyo portavoz carismático fue hasta hace poco tiempo Gonzalo Sánchez de Lozada. Y una "memoria explosiva" contribuyó a transformar el "vínculo imaginario con las condiciones de existencia" (Ansart, 1983), proponer reorganizaciones alternativas del pasado y enunciar –aunque sea aun de forma difusa– una reorganización diferente del futuro (Tapia, 2000). O, dicho de otra forma, comenzó a recuperarse la capacidad de autocomprensión y autogobierno que forma parte de la reserva simbólica del movimiento popular boliviano.

Esta recomposición identitaria –luego del declive del combativo movimiento obrero minero– le permitió a la izquierda reconstituir formas de interpelación eficaces y “pluralizar los centros de irradiación discursiva” (García Linera, 2003: 3) luego de más de una década y media de “discurso único” neoliberal. Esta vez con *rostro indio*, por fuera del “paraguas” del Nacionalismo Revolucionario (NR) y movilizándolo una fuerza social fundamentalmente rural: cocaleros del Chapare y los Yungas de La Paz, y comunarios aymaras del Altiplano. En esta línea proponemos leer el nuevo ciclo de acción colectiva que permitió el desborde electoral de los movimientos sociales y la constitución de un nacionalismo plebeyo, cuya fuerza acaba de desplegarse durante la “guerra del gas” y una de cuyas expresiones es el Movimiento al Socialismo-Instrumento Político por la Soberanía de los Pueblos.

Campesinos-cocaleros: repertorio de acción colectiva y construcción de sentido

Las organizaciones cocaleras han logrado convertirse, desde fines de los años ochenta, en uno de los componentes más activos de la lucha social en Bolivia y uno de los sectores que más contribuyeron a revitalizar y fortalecer el movimiento sindical campesino. Esta emergencia como movimiento social se vincula principalmente a la “intromisión” del Estado boliviano (y de Estados Unidos) –en el marco de la “lucha contra el narcotráfico”– en su actividad productiva, mediante planes de erradicación forzosa y desarrollo alternativo que restringen la “libertad de mercado” promovida por la letra del neoliberalismo.

Los bloqueos de caminos –con capacidad para incomunicar a la región andina con el Oriente boliviano, mediante el bloqueo de la carretera troncal Cochabamba-Chimoré-Santa Cruz en el Chapare, o el acceso al Norte de La Paz a través de los bloqueos en los Yungas– y la confrontación con las fuerzas policiales y militares erradicadoras, han resultado en poderosas demostraciones de fuerza y capacidad de movilización que desafían el principio de autoridad y soberanía estatal. Pero sin duda, una de las rutinas más eficaces de los cocaleros como mecanismo de sensibilización han sido las marchas de grandes grupos poblacionales hasta la sede del gobierno en La Paz, que a través de la explicitación del espíritu de sacrificio y del cuerpo social en movimiento, junto con la eficacia de su resistencia, han logrado visibilizar un conflicto desarrollado al interior del Chapare (y los Yungas) y obtener un fuerte apoyo social.

Al igual que los mineros a mediados de los ochenta y los indígenas del Oriente, los cocaleros han concebido a la marcha como un recurso desesperado de *revelación* del grupo social en tanto colectividad, que –haciendo uso del propio cuerpo y autoimpo-

***“Emergió
un movimiento,
mezcla de izquierda
rural y urbana,
sindicalismo y etnia,
capaz de articular
un discurso
anti-neoliberal
y antiimperialista,
e incorporar
una visión
étnico-cultural
andina que interpela
a otros sectores
empobrecidos
y marginados
de la sociedad
boliviana”***

niéndose una serie de penalidades— busca la congregación de la solidaridad ciudadana a través de dos formas de interpelación: apelando a los sentimientos humanitarios de la gente (a partir del deterioro de los marchistas por los días de marcha o los enfrentamientos con las fuerzas de seguridad); y al mismo tiempo, a los sentimientos de solidaridad político-ideológica por medio de la interpelación discursiva (Camacho Balderrama, 1999: 15-17), inscrita desde el nombre mismo con el que es bautizada cada marcha.

A través de una operación hegemónico-discursiva el signifi-
ficante *coca* —asociado por los gobiernos boliviano y esta-
dounidense con narcotráfico y cocaína— fue progresiva-
mente resignificado como “hoja milenaria heredada de
nuestros antepasados” y, fundamentalmente, “defensa de
la dignidad nacional”; convirtiendo al discurso en defensa
de la coca en una superficie de inscripción para el cre-
ciente cuestionamiento a la subordinación nacional a los
mandatos de la embajada estadounidense, cuya abierta
intervención en los asuntos internos de Bolivia asume
características imperiales. Por otra parte, la incorporación
de símbolos tradicionales como *pututus* y *wiphalas* en las
movilizaciones cocaleras da cuenta de la andinización o
wiphalización de su discurso. A la vez que la coca como
recurso natural “de interés estratégico” permite una cierta
recuperación —selectiva— de la retórica original del NR
(Argandoña, 2002), sólo que ya no se trata de la plata o
el estaño sino de la hoja “sagrada”.

De esta forma, los cocaleros han sido capaces de articu-
lar una serie de alianzas que pusieron a la defensa de la
coca en el centro de las luchas sociales y políticas del país,
y les permitieron hegemonizar una amplia serie de
demandas contra el “modelo” neoliberal; al tiempo que
incrementaban su participación en los foros y congresos
internacionales “anti-globalizadores” (Foro Social Mundial,
Campaña Continental contra el ALCA, congresos campesi-
nos, etcétera). Emergió así un movimiento, mezcla de
izquierda rural y urbana, sindicalismo y etnia, capaz de

articular un discurso anti-neoliberal y antiimperialista, e incorporar una visión étnico-cultural andina que interpela a otros sectores empobrecidos y marginados de la sociedad boliviana (Zegada, 2002).

Articulando lo social y lo político: el Instrumento Político de las organizaciones sindicales

Globalmente, la emergencia del MAS-IPSP es difícilmente desligable de la ruptura del “equilibrio moral” producto de más de una década de neoliberalismo, y de siglos de prácticas coloniales. Asimismo, no es comprensible lo ocurrido desde mediados de los años noventa sin tomar en cuenta la “irradiación” de las formas organizativas e ideológicas del sindicalismo obrero –especialmente a partir de la crisis minera– a las zonas de colonización más reciente, que transmitieron una experiencia acumulada y contribuyeron a politizar reivindicaciones de carácter económico-corporativo.

Al mismo tiempo, otros factores –de carácter más o menos coyuntural– intervinieron en el clima de “disponibilidad política” del que se benefició el MAS (incluso más allá de sus propias expectativas): a) la reinención de una narrativa de corte étnico que retoma las tesis del colonialismo interno (cuya difusión se debe en gran medida al liderazgo de Felipe Quispe en la Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia-CSUTCB); b) el creciente sometimiento del Estado boliviano a los dictados de la embajada estadounidense –especialmente en la cuestión de la erradicación de la coca– que creó un clima *antiimperialista* que recorrió transversalmente a diferentes sectores de la sociedad; c) el rechazo a los partidos políticos tradicionales, común a otras naciones del continente, especialmente en la región andina; d) la pérdida de capacidad articuladora del NR entre los diferentes grupos sociales; e) el espacio “vacío” dejado por la profunda crisis de experiencias neo-populistas como el partido Conciencia de Patria (CONDEPA) –y en menor medida la crisis de Unidad Cívica Solidaridad (UCS)– especialmente en las ciudades de La Paz y El Alto; f) los efectos político-sociales del Plan Dignidad; que aumentó la violencia del conflicto cocalero y golpeó duramente a la economía del Chapare, con un efecto multiplicador negativo sobre toda la región cochabambina; g) la Ley de Participación Popular y la introducción de las diputaciones uninominales (reforma del Artículo 60 de la Constitución Política del Estado), que mejoró la estructura de oportunidades políticas para el MAS-IPSP, al permitirle acceder a varios gobiernos municipales, especialmente en la región cocalera del departamento de Cochabamba, y cargos legislativos nacionales; y h) *last but not least*, la irrupción democratizadora de los movimientos sociales, cuyas expresiones iniciales fueron la guerra del agua en Cochabamba en abril de 2000 y el ciclo de bloqueos aymaras del altiplano, entre abril y septiembre del mismo año.



La Tesis del Instrumento Político parece insertarse plenamente en una larga tradición de superioridad del sindicato sobre el partido, que ha marcado la lógica organizativa del movimiento popular, especialmente desde los años cuarenta. Como recuerda Zavaleta Mercado (1983) los sectores subalternos bolivianos son en primer lugar “clases sindicalistas”, en la medida en que su *acumulación en el seno de la clase* se da primariamente a través de la forma sindicato. De allí que esta forma organizativa remita a una organización más compleja y extensa que el sentido corriente del término. En el caso de los campesinos, detrás del nombre “sindicato” se “ocultan” instituciones que en muchos casos se superponen con las instituciones originarias (*ayllus*) y corrientemente constituyen organismos de poder con funciones estatales en las comunidades (ver Gordillo, 2000; Lagos, 1997), maquinarias territoriales, sociales y ahora electorales.

Luego de una serie de intentos fallidos (entre ellos, la Asamblea de Unidad de las Naciones Originarias) se constituyó la Asamblea por la Soberanía de los Pueblos (ASP), resultante de la Tesis del Instrumento Político aprobada por el Primer Congreso Tierra y Territorio reunido en marzo de 1995 y que consistía en la fundación de un movimiento organizado como extensión de las instancias sindicales campesinas que venían protagonizando grandes movilizaciones en defensa de la tierra, el territorio y contra la erradicación de los cultivos de coca. Se abrió así un proceso que luego de una serie de divisiones culminó en el Instrumento Político por la Soberanía de los Pueblos (IPSP), liderado por Evo Morales, el cual, al no contar con reconocimiento electoral, utilizó la personería jurídica del MAS, un desprendimiento lejano de Falange Socialista Boliviana (FSB), que en los últimos años había girado a la izquierda².

De esta forma, los “partidos” emergentes del nuevo ciclo de luchas campesino indígenas han nacido a partir de congresos sindicales de los movimientos sociales (cocaleros del Chapare y los Yungas, e indígenas del Altiplano) para conseguir proyección política y una prolongación parlamentaria de la acción colectiva (García Linera, 2003). Estas gigantescas maquinarias sindicales y comunitarias han mostrado ser eficaces fuentes de “capital político” con capacidad para disputarle los votos a los partidos tradicionales y modificar el escenario discursivo nacional en un contexto en el que hacer política electoral ha devenido un mandato de asamblea.

Después de una década y media de hegemonía de los partidos tradicionales, dos figuras surgidas de la resistencia social contra el modelo neoliberal –Evo Morales y Felipe Quispe– fueron legitimados con un gran caudal de votos. Y el líder del MAS quedó a menos de dos puntos porcentuales del triunfador –Gonzalo Sánchez de Lozada, del Movimiento Nacional Reformista (MNR)– quien fue finalmente elegido presidente por el Congreso en junio de 2002³. Podemos arriesgar que –a diferencia de fenómenos previos como el del compadre Carlos Palenque⁴– estos nuevos liderazgos contribuyen a desarrollar un proceso de liberación cognitiva *desde abajo*; en el cual los indios están a la cabeza de manera autónoma y los liderazgos son construidos a partir de un largo proceso de ocupación sucesiva de cargos en el sindicato campesino, para luego ocupar posiciones en el Instrumento Político (IP) y, eventualmente, en el Parlamento.

Aunque, al mismo tiempo, la inexistencia real de institucionalización en el MAS y de mecanismos internos de expresión de mayorías y minorías, abona un sistema de toma de decisiones en las que el líder (y *árbitro*) se apoya alternativamente en coaliciones coyunturales; en cuyo poder y capacidad de persuasión sobre el líder intervienen capitales legítimos variados, que difieren según la temática en discusión: capacidad de movilización sindical-corporativa, capacidades discursivas, formación “técnica”, etcétera. Más que de fracciones se trata de grupos de presión informales (según

***“... los ‘partidos’
emergentes
del nuevo ciclo
de luchas campesino
indígenas han nacido
a partir de congresos
sindicales
de los movimientos
sociales (cocaleros
del Chapare
y los Yungas,
e indígenas
del Altiplano)
para conseguir
proyección política
y una prolongación
parlamentaria
de la acción
colectiva”***

proveniencia ideológica, relaciones personales, étnicas, etc.), que en un escenario gelatinoso, corrientemente no logran “solidificarse”; todo lo cual reafirma el papel arbitral de Evo Morales como garantía de continuidad del MAS como una empresa política común⁵.

De todas formas, no hay que olvidar que cuando se trata de posicionamientos políticos generales –o acciones como bloqueos, etc.– Morales “baja” a los congresos y amplios sindicatos campesinos, actitud que sin duda encarna mucho más que una pose y representa una instancia de “confirmación carismática” (Weber, 1998: 195). El encuentro *cara a cara* con las bases –al igual que con sus votantes– resulta clave en la construcción de liderazgo de Evo Morales; su vestimenta, vocabulario (y su constante victimización) constituye un eficaz intento de diferenciación con respecto a los “políticos tradicionales”, presentándose genuinamente como *uno más* entre sus compañeros campesinos, pese a haber ocupado espacios antes reservados a quienes poseían los beneficios de la distinción. Este ser *uno más* –un portavoz privilegiado de los campesinos que siempre vuelve a sus bases, y que se esfuerza por aprender para responder a sus actuales responsabilidades– le ha permitido a Evo Morales la producción de un “poder simbólico” al interior del sindicalismo cocalero (y desde allí en el Instrumento Político) a partir de la credibilidad, la confianza, el reconocimiento y la fidelidad de sus pares; y la constitución de una lógica de “inclusión-exclusión” sobre sus potenciales competidores internos (Ansart, 1983). La conservación de este poder simbólico es especialmente importante en el contexto de un movimiento concebido como una extensión de estructuras sindicales, atravesado por relaciones informales y asimétricas capitales sociales, escolares, culturales y étnicos entre sus miembros.

El MAS en su laberinto

Luego de los favorables resultados electorales, uno de los desafíos que afronta el MAS es la construcción de una estructura discursiva que, a partir de cierto “cierre” ideológico, le permita crear una *síntesis* coherente entre una relectura del pasado colonial y una propuesta de futuro; destinada a atraer el apoyo de las clases medias urbanas, más vinculadas a los procesos de individuación modernizante y alejadas de las lógicas sindical-corporativas predominantes en el MAS. Por el momento, en un contexto de ambigüedad ideológica –propio de las organizaciones sindicales de las cuales es una “extensión”– prevalece una suerte de “murmullo ideológico” (Antezana, 1983) basado en la oposición al neoliberalismo y la defensa de la soberanía y la dignidad nacionales.

Pese a ello puede observarse el intento de articulación de elementos nacional-democráticos (tendiente a recuperar el antagonismo social, corrientemente presentado por los sectores dominantes como mera “diferencia”): una idea de nación plebeya (pueblo



sencillo y trabajador, pueblos originarios, o simplemente “los pobres”), la defensa del territorio y la soberanía (centrada especialmente en los recursos naturales: gas, petróleo y hoja de coca), combinada con una fuerte interpelación antiimperialista (fundamentalmente antiestadounidense) vinculada a la defensa de la “dignidad”. De allí que el antagonismo

pueblo=nación/oligarquía=antinación, propio del NR, esté presente en el discurso del MAS, aunque el pueblo no sea ya una “construcción” mestizo-criolla como la imaginaron los teóricos del NR (Montenegro, Céspedes), sino “originaria” y anticolonial⁶.

En sus interpelaciones discursivas puede observarse que el reclamo del “derecho a gobernar esta tierra”, o que “el pueblo sea poder”, parte fundamentalmente de una contabilización numérica, que se expresa en el uso de la propia sigla partidaria en la consigna “Somos pueblo, somos MAS”; y difiere de la interpelación obrero-minera predominante hasta 1985, en la que la idea de que su trabajo y esfuerzo “sostenían” –económicamente– al conjunto de la nación era la que les daba “derecho” a gobernar, pese a ser un grupo minoritario de la sociedad.

La reivindicación de una Asamblea Popular Constituyente representa un eje importante en el discurso del MAS, entendida no como una mera reforma constitucional sino como la materialización de una “nueva correlación de fuerzas” (Evo Morales en *Pulso*, 2002). Sin embargo, la no puesta en práctica de los Comités de Defensa de la Soberanía en las ciudades (tal como se había propuesto en la pasada campaña electoral) y la falta de discusión en las bases de un proyecto de país alternativo, han hecho que esta propuesta haya perdido cierta fuerza como apuesta de transformación político-social.

Paralelamente la prematura electoralización de la actividad política (con vistas a las elecciones municipales de 2004, como “trampolín” para las presidenciales de 2007) “puede inhibir los repertorios de acción colectiva que son los que en el fondo dieron lugar a este nuevo ciclo de resurgimiento de la izquierda” (García Linera, 2003: 4); lo que puede tener un efecto potencialmente negativo en un movimiento que se piensa a sí mismo como una extensión política de las pulsiones de los movimientos sociales (incluso en el ámbito electoral)⁷. La combinación en la práctica de lógica sindical-comunal y lógica

democrática-liberal –y las estrategias que intervienen en cada una– no ha resultado fácil para los parlamentarios del MAS, que en gran parte fueron elegidos –y responden– a sus comunidades y, especialmente, a sus organizaciones sindicales.

El encuentro de las “dos Bolivias” no ha resultado exento de conflicto. A las formas de discriminación, derivadas del carácter racializado de la construcción del poder en Bolivia, se suma la posesión de capitales sociales, culturales, escolares y simbólicos cuya posesión o no determina la eficacia de la acción parlamentaria, el éxito o la futilidad de sus interpelaciones discursivas, y su visibilidad o invisibilidad intra y extramuros; que a través de los medios de comunicación, determinará la capacidad de crear “opinión pública”. Como nos recuerda Bourdieu (2001: 29) “los locutores desprovistos de la competencia legítima quedan excluidos de los universos sociales en que ésta se exige o condenados al silencio”. Y esto ocurrió en gran medida con los diputados campesino-indígenas, conspirando contra la transformación del *factor indígena* en fuerza hegemónica: en sus discursos, en su capacidad interpelatoria en castellano, e incluso en la forma de ocupación física del espacio parlamentario.

Más bien, en el ámbito parlamentario parecen invertirse las relaciones de fuerza simbólicas que priman en el MAS, y son los sectores medios urbanos quienes poseen mayor capacidad performativa. Resulta claro que la lengua quechua o aymara adquiere un mayor valor en el mercado rural –donde sin duda contribuye a la formación de capitales políticos– que en el medio urbano y especialmente en el Parlamento. No es difícil percibir en la frase “¿Adónde está entrando, señora?”⁸ ecos sutiles de viejas representaciones acerca de los indígenas y de su inclusión-exclusión en los diferentes espacios de la vida social, cuando los indios tenían prohibido circular libremente por las plazas y vías principales de las ciudades (Rivera Cusicanqui, 1983). Por eso su presencia en los curules y la imposición de un sistema de traducción simultánea (que aún no se utiliza) crea un escenario de lucha simbólica entre las prácticas señoriales de las élites blanco-mestizas y la presencia indígena-plebeya como un *otro* (portador de alteridad) que ocupa un espacio ajeno.

Entre lo nacional-popular y lo nacional-estatal

No hay duda que la tesis del instrumento político supone una importante carga de renovación en una historia político-sindical campesina subordinada en gran medida al Estado nacionalista. La interpelación a “votar por nosotros mismos” plantea una renovada forma de articulación entre las luchas sociales y electorales, luego de largos años en que obreros y campesinos votaban por diversas fracciones del MNR o planteaban el no-juego en el terreno electoral; claramente *lo* indio se ha transformado en una importante fuente de capital político, posibilitando que de manera autónoma un campesino de origen aymara como Evo Morales se erija en jefe de la oposición y de la primera minoría par-

lamentaria. Por otro lado, las nuevas configuraciones sociales, producto de una década y media de reformas estructurales, han posibilitado la emergencia de formas novedosas de interunificación social, acción colectiva y producción discursiva.

Pero no es menos evidente que las nuevas tecnologías puestas en juego por los movimientos sociales tienen como condición material de posibilidad a las antiguas organizaciones sindicales corporativas, desde las cuales el movimiento campesino se enfrentó con la oligarquía y luchó por la tierra en los primeros años cincuenta, pactó con las fuerzas armadas restauradoras a mediados de los sesenta, impuso una nueva narrativa anti-colonial y se articuló con el movimiento obrero en los setenta, y desafía hoy al trunco proyecto modernizador neoliberal.

Frente a las polarizadas visiones actuales acerca de cómo “cambiar el mundo”, el MAS-IPSP plantea sin fisuras la necesidad de transformar el poder conquistado por las organizaciones sociales en poder estatal; en el contexto del nuevo ciclo de luchas y transformación de la estructura de oportunidades políticas en beneficio de la acción colectiva de los sectores subalternos. Frente a la desidentificación nacional neoliberal, el MAS emerge como un nuevo nacionalismo plebeyo que resignifica la lucha nacional como una lucha por la tierra y el territorio, y pone en un lugar destacado la defensa de los recursos naturales, cuya dinámica ha dominado los enfrentamientos sociales en Bolivia desde 2000, desde la *guerra del agua* hasta la *guerra del gas*. Es, al mismo tiempo, un intento de articular a una multitud de sujetos, organizaciones y movimientos sociales en la que ningún sector es portador de privilegios ontológicos en la construcción de las nuevas identidades, por lo que las mismas son resultado de las luchas hegemónicas y articuladoras en curso.

Su agregación en un sujeto *popular* –pueblo sencillo y trabajador, e incluso empresarios nacionales o “patrióticos”– como bloque antagónico al orden establecido parece acercarse más a una interpelación de tipo populista que a las fórmulas interpelatorias tanto de las izquierdas tradicionales –sostenidas en la existencia de una clase “fundamental” cuya identidad se construye al nivel de la infraestructura económica– como de la *New Left* en países más institucionalizados. De allí que la tensión entre la dimensión nacional-popular (ruptura y confrontación) y la nacional-estatal (desactivación de los antagonismo y homogeneización) (Aboy Carlés, 2003) acompañe el desarrollo del MAS, en un contexto de crisis donde la implosión del *gonismo* ha derribado el “cerco parlamentario” y la megacoalición oficialista, y la convocatoria a una futura Asamblea Constituyente puede transformarse en una importante oportunidad política para quienes propugnan alternativas transformadoras. Pero como toda “oportunidad” será limitada en el tiempo y los resultados dependerán de las luchas político-ideológicas, en un escenario crecientemente radicalizado y dicotómico, entre las fuerzas “restauradoras” y las empeñadas en una transformación radical y progresista de la sociedad.

Bibliografía

- Aboy Carlés, Gerardo 2003 "Repensando el populismo", en *Política y Gestión* (Buenos Aires) Vol. 4.
- Alenda Mary, Stéphanie 2002 "CONDEPA y UCS, ¿fin del populismo?", en *Opiniones y Análisis* (La Paz: Fundación Hanns Seidel-Fundemos) N° 57.
- Ansart, Pierre 1983 *Ideología, conflictos y poder* (México: Premia Editora).
- Antezana, Luis H. 1983 "Sistema y proceso ideológicos en Bolivia (1935-1979)", en Zavaleta, René (comp.) *Bolivia Hoy* (México: Siglo Veintiuno Editores).
- Argandoña, Álvaro 2002 *Coca, coccaleros y discursos en Bolivia* (Cochabamba) mimeo. Tesis de Maestría.
- Bourdieu, Pierre 2001 (1985) *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos* (Madrid: Akal).
- Camacho Balderrama, Natalia 1999 "La marcha como táctica de concertación política (las marchas coccaleras de 1994 y 1995)", en Laserna, Roberto (coord.), Camacho Balderrama, Natalia y Córdova E., Eduardo *Empujando la concertación. Marchas campesinas, opinión pública y coca* (Cochabamba: CERES-PIEB).
- Correo del Sur* 2002 (Sucre) 4 de agosto.
- Chávez, Walter 2003 "Bolivia, una revolución social democrática", en *Le Monde Diplomatique* (Buenos Aires) N° 53.
- García Linera, Álvaro 2003 "Radiografía de las nuevas izquierdas", en *Le Monde Diplomatique* (La Paz) N° 10.
- Gordillo, José María 2000 *Campesinos revolucionarios en Bolivia. Identidades, territorio y sexualidad en el Valle Alto de Cochabamba, 1952-1964* (La Paz: PROMEC-Universidad de la Cordillera-Plural Editores-CEP).
- Lagos, María L. 1997 (1994) *Autonomía y poder. Dinámica de clase y cultura en Cochabamba* (La Paz: Plural Editores).
- Pulso* 2002 (La Paz) N° 149.
- Rancière, Jacques 1996 (1995) *El desacuerdo. Política y Filosofía* (Buenos Aires: Nueva Visión).
- Rivera Cusicanqui, Silvia 1983 "Luchas campesinas contemporáneas en Bolivia: el movimiento 'katarista': 1970-1980", en Zavaleta, René (comp.) *Bolivia Hoy* (México: Siglo Veintiuno Editores).
- Tapia, Luis 2000 "La densidad de la síntesis", en AA.VV. *El retorno de la Bolivia plebeya* (La Paz: Muela del Diablo Editores).
- Weber, Max 1998 (1922) *Economía y Sociedad* (México: Fondo de Cultura Económica).
- Zavaleta Mercado, René 1983 "Forma clase y forma multitud en el proletariado minero en Bolivia", en Zavaleta, René (comp.) *Bolivia Hoy* (México: Siglo Veintiuno Editores).
- Zegada, María T. 2002 "Dinámica Política en el Trópico: Actores, conflictos y estrategias destructivas", en Argandoña, Álvaro y Ascarrunz, Carla (comp.) *Seminario Futuro del Trópico de Cochabamba. Escenarios para el Desarrollo Sostenible* (Cochabamba: UMSS-Centro de Estudios de Población).

Notas

1 Este trabajo es una síntesis del artículo “Conflicto social, crisis hegemónica e identidades políticas en Bolivia: la emergencia del MAS-IPSP”, elaborado gracias a la contribución del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), a través de su Programa Regional de Becas. El mencionado artículo forma parte de los resultados del proyecto que fue premiado con una beca de investigación en el Concurso para investigadores “Movimientos sociales y nuevos conflictos en América Latina y el Caribe” en el marco del Programa de Becas CLACSO-Asdi para investigadores jóvenes de América Latina y el Caribe, 2002.

2 El otro movimiento emergente de las luchas campesino-indígenas es el Movimiento Indígena Pachakuti (MIP), fundado por Felipe Quispe –el Mallku– el 14 de noviembre de 2000, el mismo día y en el mismo lugar en el que Túpac Katari –el líder indígena que mantuvo un cerco de La Paz en los años 1781 y 1782– fuera ejecutado 219 años antes.

3 La expulsión de Evo Morales del Parlamento en enero de 2002 (acusado de ser autor intelectual de los violentos choques armados entre militares y cocaleros en Sacaba) y sus enfrentamientos con el entonces embajador estadounidense Manuel Rocha constituyen dos momentos en los que el antagonismo entre partidos tradicionales-sistema político-Embajada estadounidense y Evo Morales-MAS emerge con fuerza en la superficie, con un fuerte carácter simbólico que transformó su postulación en una candidatura “maldita” para el *establishment* político boliviano.

4 Ver Alenda Mary (2002).

5 Evo Morales ha concentrado una gran cantidad de poder en su persona: es secretario ejecutivo de las seis federaciones del trópico, presidente del MAS, jefe de bancada parlamentaria y jefe del Estado Mayor del Pueblo.

6 Con una consigna que tiene grandes similitudes a la opción “Braden o Perón”, utilizada por el peronismo en Argentina en las presidenciales de 1945, el MAS convocó a la ciudadanía a elegir entre Rocha o Morales en los siguientes términos: “Boliviano: tú decides quién manda ¿Rocha ó la voz del pueblo?”, invocando al “pueblo sencillo y trabajador” como el sujeto y destinatario de las transformaciones propuestas, en favor de la soberanía y la dignidad nacional. Y utilizando los colores de la bandera nacional para reforzar el significativo “boliviano” (Afiche de campaña).

7 El desempeño del MAS (o por lo menos de sus principales dirigentes) durante la guerra del gas –y especialmente en la “transición” que condujo al ascenso del vicepresidente Carlos Mesa a la primera magistratura– ha reforzado la apuesta institucional-electoral como vía de acceso al poder estatal (ver declaraciones de Filemón Escóbar, citado en Chávez, 2003).

8 “Sin mesura y con un evidente tufillo racista muchos de los funcionarios ‘de planta’ del Congreso bautizaron sin miramientos a los congresistas indígenas; los adjetivos más usados fueron: ‘la indiada’ y ‘los campeches’. En la puerta de ingreso una diputada que vestía pollera fue examinada de punta a canto por los guardias de seguridad. ¿Adónde está entrando, señora?, cuestionaron inquisitivos (y en tono despectivo) los uniformados. Dicha escena no se repitió, sin embargo, cuando algunos individuos de traje y corbata cruzaron la puerta del Hemiciclo” (*Correo del Sur*, 2002).